



Dr. Plinio

Mensual Vol. I - Nº 4 Agosto de 2018



*Rectitud, autenticidad
y sentido del deber*



“Vi, decidí y entré”

Analicen la fisonomía del Bienaventurado Ezequiel Moreno Díaz¹. Tiene un rostro enteramente distendido, sin la menor contracción. Sin embargo, no es la distensión común del hombre que duerme. Hay algo en este modo de estar distendido que corresponde a esa especie de distensión que los inseguros no tienen. Estos tienen la distensión de la mollicie². Aquí vemos la distensión de las grandes resoluciones tomadas, del hombre resuelto a todo y que entró vigorosamente por el camino que tenía que entrar y dijo: “¡Yo vi, decidí y entré. Ahora vamos hasta el fin!”.

Las dudas quedaron atrás y todos los sacrificios que acarrea ese camino, los midió y los aceptó de algún modo, y pidió a Nuestra Señora que lo ayudara a no retroceder.

(Extraído de conferencia de 14/11/1980)

1) Canonizado el 11/10/1992.

2) Del latín *mollities*. Blandura de las cosas al tacto. Abandono invencible al placer de los sentidos o a una grata pereza.

Sumario

Vol. I - No. 4 Agosto de 2018



En la portada, el Dr. Plinio en la década de 1990.

Foto: Mario Shinoda

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

- 4 *Vida coherente con la Fe y odio al relativismo*

PIEDAD PLINIANA

- 5 *Pedido a María asunto a los Cielos*



DOÑA LUCILIA

- 6 *Rezando en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús*



DR. PLINIO COMENTA...

- 8 *Dignidad, belleza y coherencia de las profesiones*

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

- 14 *Luis XIV y el Sagrado Corazón de Jesús*



DE MARIA NUNQUAM SATIS

- 18 *Reina y Madre de misericordia*



SANTORAL

- 20 *Santos de Agosto*



EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO

- 22 *Autenticidad y sentido psicológico*



HAGIOGRAFÍA

- 26 *Lo maravilloso en la vida de Santa Clara de Montefalco*



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

- 31 *Florenzia y la perfección de las formas - II*



ÚLTIMA PÁGINA

- 36 *Nuestra Señora de las Nieves*

Vida coherente con la Fe y odio al relativismo

El valor de un hombre se mide por la coherencia de su vida con los principios y con la Fe. Entretanto, el mal del relativismo y el de la superficialidad siempre están asaltando su espíritu, siendo necesario una gran fuerza de voluntad para mantenerse fiel. Desde ángulos diversos, en algunas de las conferencias estampadas en la presente edición, el Dr. Plinio aborda la importante temática de la rectitud, de la autenticidad y del sentido del deber, cualidades que orientaron siempre la trayectoria de su catolicísima existencia, como lo demuestran sus palabras pronunciadas el 6 de febrero de 1982:

Cuando yo tenía 66 años, en 1975, tuve un accidente. ¡Con esa edad, ya había transcurrido toda una vida! Puedo decir que poseía un pasado sólidamente estructurado, coherente, lógico, limpio, encaminado continua y abnegadamente hacia un mismo fin. Cuando leí, siendo muy joven, una de aquellas conferencias de la *Université des Annales* que Bayard (1) era llamado *le Chevalier sans peur et sans reproche* (2), tuve un estremecimiento. Delante de Nuestra Señora, no me atrevería aplicar esa expresión a mi persona; ¡pero delante de los hombres, sí! Y no hay quien tenga la valentía de negarlo, porque yo le preguntaría: ¿Cuándo me vieron tener *peur*? ¿Cuándo me pudieron hacer un *reproche*?”

Si quien les habla hubiese conservado durante esos años cierta superficialidad de espíritu, ella se habría manifestado en los períodos de inconciencia después del accidente, y algo del impulso dado a ustedes, disminuiría en aquel momento. Yo saldría de la convalecencia con la impresión de haber cumplido mi deber, pero a la hora del juicio sería interpelado: “¡Preste cuentas!”

Mi superficialidad sería, entonces, la causa del desagrado divino; el espíritu no habría ido tan al fondo de las cosas ni se habría encantado como debería.

¿Por qué digo estas cosas con tal énfasis? Por la saturación de ver espíritus superficiales cumpliendo el deber a medias, a la disparada, sin compenetración, sin la adhesión entera del alma. Por trivialidad, piensan que cumplen el deber por entero, y que apenas la acción exterior es suficiente para que una obra sea plenamente buena.

¿Qué es el relativismo? Es una actitud de alma por donde delante de lo pulcro, lo verdadero y lo bueno que nos informa la Fe, la razón, los sentidos del alma –a veces hasta los sentidos físicos– delante de aquello que nos pedía un grito de adhesión, de devoción y de dedicación, nosotros nos movemos poco. Decimos: “Bien, tal vez, es posible... Lo que me interesa al momento es saber cómo fue tal cosa, quiero bagatelas, quiero reservar, por lo menos, una parte de mi alma a las pobres bagatelas. Eso es lo que quiero”.

Nuestra Señora me dio la gracia de odiar el relativismo con toda mi alma. Porque con el pecado declarado se pierden los malos; con el relativismo se pierden los buenos. Siempre me pareció tremendamente triste, siniestro, que un hombre diese su vida por un ideal y después lo sirviese medio-crememente.

(1) Pierre du Terrail, Señor de Bayard

(2) En francés: el caballero sin miedo y sin reproche.



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.



Asunción de Nuestra Señora
Basílica de Santa María
la Mayor, Roma, Italia

Pedido a María asunta al Cielo

En vuestra Asunción, oh María, vuestra pureza, vuestra fe y vuestra fortaleza encontraron, por fin, el premio merecido.

Hacedme puro, lleno de fe y fuerte para luchar con Vos en la Tierra y vencer a la Revolución, de tal modo que os contemple eternamente en el Cielo.

Desde lo alto de la gloria en donde reináis, sed para mí la Madre de Misericordia, apoyándome en todas mis defecciones, irguiéndome de nuevo en todas las caídas, perdonándome en todas las faltas y amándome en todos los instantes, de tal manera que en todo os ame, oh Reina santa, que debéis ser el encanto de toda mi vida.

Rezando en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús

Doña Lucilia era una persona muy respetable, digna y, al mismo tiempo, de una afabilidad y dulzura increíbles. Tales cualidades eran análogas a las existentes en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en San Pablo. Esa iglesia parecía hecha para que ella fuese a rezar allí.

Para mi sensibilidad de hijo, al ver a Doña Lucilia rezando en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, me daba la impresión de que ella estaba allí como una católica en su lugar propio, en el ambiente, en la actitud, en la posición que conviene a un alma católica, al pie de un altar en donde recibe gracias muy grandes.

Iglesia digna, casi majestuosa

Quien visitaba esa iglesia notaba, desde la primera vez, una armonía de cualidades que no se encuentran frecuentemente reunidas. Es una iglesia muy digna, casi llega a ser majestuosa, pero al mismo tiempo muy afable, de manera que la persona se siente enteramente a gusto dentro de ella, completamente acogida como quien está en la casa paterna. Era la atmósfera que el propio Nuestro Señor Je-

sucristo creaba alrededor suyo, como se ve en el Evangelio.

Es decir, las personas tenían por Nuestro Señor un respeto sin fin, sin límites, pero al mismo tiempo poseían facilidad de acceso junto a Él, hablaban, preguntaban, etc., y sentían su majestad juntamente con el cariño, la bondad, la amabilidad.

En aquella iglesia, cuando el órgano toca alguna melodía polifónica o de canto gregoriano, encuentra allí sus resonancias adecuadas.

No es un templo riquísimo, sino una bonita iglesia parroquial, nada más que eso; por lo que no es comparable con la belleza de cualquier iglesia de Italia, en donde resaltan los mármoles suntuosos, los bronce, las grandes obras de arte, los grandes pintores, escultores y artistas de todo género, de modo que se ven cosas extraordinarias en cualquier iglesia. En el Corazón de Jesús, de San Pablo, no; todo es digno,

pero es lo que América del Sur puede dar; nosotros tenemos aquello. Y Nuestro Señor recibe de buena gana la ofrenda de quien tiene poco. Hay una gracia en ese sentido.

Ahora, transponiendo todo eso para el nivel tan inferior de una pura criatura humana, yo notaba en Doña Lucilia cualidades que me parecían análogas a aquellas que habían sido percibidas por mí en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. Es decir, la personalidad de ella era muy respetable y muy digna, y al mismo tiempo de una afabilidad y dulzura indecibles. Una personalidad muy marcada por los sufrimientos de la vida, pero con una especie de alegría de quien sufre de buena gana, da con buen gusto aquello que tiene que entregar a Dios, y carga su cruz considerando natural cargarla, con el coraje sin pretensiones de quien cumple integralmente el deber de todos los días.

“Espere un poquito...”

Siempre fui muy observador, incluso en relación a mi propia madre; y muchas veces, por un movimiento instintivo, yo la miraba de reojo durante sus oraciones en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. Viéndola rezar, yo pensaba: hay algo entre ella y esta iglesia por donde ella parece hecha para rezar aquí, y la iglesia parece hecha para que aquí ella rece.

Hasta que cumplí once o doce años – no me acuerdo bien –, yo asistía a Misa en el Corazón de Jesús frecuentemente al lado de mamá. Después, cuando crecí, la costumbre era que los jóvenes asistiesen a Misa en las naves laterales, porque la iglesia se llenaba y convenía ceder los lugares a las señoras. Los hombres permanecían de pie. Un anciano podría permanecer arrodillado en medio de las señoras, pero para un joven, parecía una actitud orgullosa e inadecuada arrodillarse cuando había señoras a quienes debía ceder su lugar.

Entonces, yo asistía a Misa en la nave lateral buscando, como siempre, poder mirar hacia la imagen de Nuestra Señora Auxiliadora. Esa era mi primera intención, indiscutiblemente: entrar e ir para allá. Nunca tuve la menor duda a ese respecto.

Al terminar el Santo Sacrificio, cuando todos comenzaban a retirarse, Doña Lucilia no era de las primeras en salir. Cuando la mayor parte de la gente se había retirado, ella se levantaba y pasaba al altar del Corazón de Jesús.

Mi padre se quedaba esperándola, pero como no tenía la piedad de ella, se quedaba afuera, en la puerta de la iglesia, conversando con el P. Falconi. Eran largas prosas, mientras mamá rezaba.

Doña Lucilia rezaba notoriamente delante de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, pero naturalmente también delante de la imagen de Nuestra Señora, y, después, frente a aquel conjunto de esculturas del Niño Jesús en el Templo entre los doctores.

Ella no oraba con los labios cerrados, sino que los movía ligeramente, acompañando lo que ella decía, de un modo tan rápido que no emitía el más mínimo sonido, y tampoco se llegaba a percibir lo que decía, porque era un movimiento minúsculo de los labios. Era su modo de ser. Cada uno tiene el suyo, ella era así.

A veces mi padre entraba y le decía, siempre en tono muy cortés: “Señora, ¿vamos?” Ella hacía una seña, como diciendo: “Espere un poquito...”

A lo largo de toda mi vida nunca vi a ninguno de los dos impacientarse con el otro o hacer alguna manifestación de impaciencia. Pero ella daba a entender lo siguiente: “Mira, tú puedes venir algunas veces aquí y aún me encontrarás...” Al final, los dos íbamos a pie para la casa. ❖

(Extraído de conferencia de 4/2/1986)



Archivo Revisita



Dignidad, Belleza y coherencia de las profesiones

La persona que desempeña una profesión, no debe tener en vista prioritariamente ganar dinero, sino el gusto por sacar de sí misma una serie de potencialidades que duermen en ella, para así realizarse y explicitarse. El profesional, de acuerdo con un llamado de su alma, contribuye a la realización del Plan de Dios a quien debe adorar y servir.

En lo que se refiere a las relaciones entre patrón y empleado¹, la persona no atina ni se coloca bien en el foco por donde esas relaciones deben ser vistas adecuadamente, si no parte del presupuesto católico respecto al asunto.

El obrar de Dios se refleja en el obrar del hombre

Partamos de lo siguiente: la función de una empleada doméstica por ejemplo, es sacral²; y su patrona debe tomarla desde ese punto de vista conjugán-

dola con su propia función de patrona, que también es sacral. Ambas, viendo la mutua sacralidad, se colocan bajo el foco en el que las relaciones fácilmente se armonizan, y un problema que se pierde entre pequeñeces insolubles, se resuelve con una sola palabra.

Es más o menos como sucede con algunos cuadros. En Roma hay uno pintado en el techo de una iglesia, que es interesante no en cuanto obra de arte sino como obra artesanal muy bien hecha. Desde cualquier punto de la iglesia que se lo mire, la impresión es un caos de figuras heterogéneas. Pero hay un ángulo del templo, desde el cual al contemplarlo, todas las figuras se ordenan y aquello toma sentido.

Hay muchos problemas, sobre todo de cuño social, que son así; permanecen insolubles mientras no los situemos bajo el foco desde donde deben ser vistos, y cuando los situamos allí, todo se resume y resuelve en dos palabras. Así es el problema de las relaciones entre patrona y empleada.

Entonces yo debo demostrar en qué sentido esas funciones son sacrales, y cómo la sacralidad de esas funciones resuelve el problema. O sea, doy la tesis, y paso enseguida a darles la demostración.

La capacidad del hombre para actuar es un don de Dios, motor primero de todas las cosas. Todas las meditaciones que podamos hacer -por ejemplo respecto de una bella flor o de un bonito cuadro, y considerando aquello como un reflejo de la grandeza del Creador- se pueden hacer también con el obrar humano, el cual cuando es recto y de acuerdo con el orden puesto por Dios, refleja una grandeza del Altísimo. Y connaturalmente, refleja más especialmente una grandeza del operar divino. Es decir que el operar de Dios en reflejado en el operar del hombre.

Así, todas las actividades humanas tienen una

raíz sacral, son reflejo del algo divino y poseen una dignidad, una belleza, una lógica y una coherencia cuyo origen y fundamento se encuentra en Dios.

Esto se aplica tanto a las más altas actividades humanas como la de un Papa -que es una evidente imagen de Dios en cuanto gobernador del universo visible e invisible- hasta una de las más modestas de las funciones como por ejemplo la de un recolector de basura.

Recolector de basura: enemigo de la suciedad y el desorden

Un recolector de basura que barre la ciudad, realiza una actividad de carácter natural y no sobrenatural. Por lo tanto muchísimo inferior a la de un Papa. Además en el orden natural es una tarea manual y en cuanto tal, muy inferior a las intelectuales. Incluso en el orden de lo

manual, es una actividad meramente ejecutiva pues él no hace sino obedecer lo que le mandan, ejecutando con las manos la incumbencia recibida. Y más que eso, por su naturaleza -que es recoger la basura dejada por otros en la calle- se trata evidentemente de un trabajo muy modesto.

Pero ese trabajo visto desde una perspectiva filosófica y teológica adecuada, tiene una función sacral: un recolector de basura es el enemigo de la suciedad y el desorden. Y ejecuta en el más modesto de los oficios, la inmensa tarea puesta por Dios en la creación, que es la lucha contra todo aquello que pueda representar suciedad, desorden y algo contrario a los planes divinos.

Se comprende cuánto hay de dignificante para un recolector de basuras, ver que Dios puso un movimiento universal en las creaturas, por donde ellas se limpian -con excepción de algunas como el puerco, que deben sim-

bolizar la suciedad- y que él como recolector de basuras, es un complemento de ese divino movimiento, la imagen en el orden material de aquellos que remueven la sordidez y los desórdenes espirituales. O sea que el recolector puede, con una concepción elevada de las cosas, dar un alto culto a Dios, barriendo las calles en su modesto trabajo que de por sí posee esa magnitud.

Empleada doméstica y ama de casa: funciones sacrales

El trabajo de una empleada doméstica puede también adquirir esta condición. Si tomamos en consideración su tra-



"La cocinera" - Museo de Bellas Artes, Ruan, Francia



bajo en cuanto limpiando, ordenando, sirviendo en el hogar; si consideramos lo que el hogar representa de las grandezas de Dios -inclusive lo que representa de las relaciones internas de la Santísima Trinidad o las de Jesús con la Iglesia, que son comparadas con las relaciones de esposo y esposa- comprendemos entonces lo que significa servir en el hogar; y entendemos que el ama de casa que dirige su hogar hace una cosa también noble.

La empleada debe inclusive encantarse cuando ayuda a su patrona a que se adorne. Porque necesitamos tener un entusiasmo desinteresado que yo llamaría infantil en el buen sentido de la palabra, es decir por aquello de que el reino de los Cielos es de los niños o por lo que enseña la infancia espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús. Un entusiasmo desapegado por aquellos que son más que nosotros y que tienen cualidades que nosotros no poseemos con lo que dan gloria a Dios y eso a nosotros nos debe alegrar.

Una empleada que adorna a su patrona para que esta con su dignidad represente un padrón más alto del género humano -y con ello dignifique al género humano entero y así dignifique también a Dios- está actuando sacramentalmente. Sobre todo si la patrona ve su propia posición también así y no está considerando el hogar como una *chacunniere*³ o lugar de puro deleite. Si está considerando su hogar como un santuario en el que todo debe caminar en dirección a Dios Nuestro Señor. En ese caso entonces la consonancia entre la empleada y su patrona es completa.

Detrás de esta concepción está la idea de que toda la vida humana debe ser vista así: sacramentalmente. Y cuando el hombre comprende la dignidad de sus acciones, comprende también la dignidad del cargo que desempeña, así como la dignidad que ese cargo le confiere. Porque si la empleada doméstica sabe que servir es algo sacral,

sabrán también que ser empleada es sacral. Toda función lícita no puede ser vista laicamente sino sacramentalmente. Por lo tanto hay una dignidad de empleada inherente a su dignidad de ser humano e hija de Dios. Y es una dignidad auténtica que la empleada lleva consigo misma. Es así que se debe ver la vida.

Un verdadero profesional es aquel que contribuye a la realización de los planes de Dios

Todo lo anterior es todavía más digno en las personas que tienen profesiones más nobles, como por ejemplo profesores, abogados, médicos, ingenieros, empresarios, diplomáticos, militares, etc. Todas estas profesiones tienen un soporte sacral y es necesario verlas sacramentalmente.

Una sociedad verdaderamente católica es aquella en la que todo mundo que ejerce funciones y las desempeña evidentemente con afán de lucro -porque sin lucro nadie puede vivir- no los hace con el anhelo exclusivo de lucrar ni con un deseo preponderante de ello sino más por la alegría que su alma encuentra en virtud de su propia luz primordial⁴ y hacer aquella función para la cual se siente llamada. Así el auténtico relojero -por ejemplo un relojero suizo eximio que monta un reloj de primera categoría- debe gustarle hacer un reloj porque eso en sí mismo es algo bello y de algún modo participa de Dios; la belleza que el relojero siente tiene una explicación sacral, y por esa razón él debe ser relojero con espíritu sacral; y no debe querer dejar de serlo para dedicarse a un oficio que le rente más, ya que su alma está toda en disposición para hacer relojes. ¿Por qué? Porque

Plaza del Quirinal – Museo Amadeo Lia, La Spezia, Italia

Francisco Lecaros



el verdadero profesional no es aquel que quiere ganar dinero, sino, y sobre todo, aquel que colabora con los planes de Dios de acuerdo con un apelo íntimo de su alma, lo cual es una señal de la Providencia para hacer alguna cosa en que él adore y sirva a Dios. Este será el clima del Reino de María.

El abogado: gusto de ver el orden humano

Tomemos como ejemplo la profesión de abogado. Cuando un individuo tiene verdadera estructura mental de abogado, posee ante todo un sentido muy vivo de la norma, de la regla, de los códigos. Y esto representa el lado rígido del espíritu de abogado. Y sobre todo un cierto tipo de abogado que no da tanto para casuístico como para jurisconsulto. Esto es, que cuando hay una duda en la interpretación de una ley, da una respuesta luminosa; es decir no aboga, no dirige causas. Este es uno de los aspectos del abogado: le gusta ver el orden humano y trabaja para ordenar al hombre.



Pero el espíritu de abogado también tiene una inclinación opuesta a la anterior: toma un caso concreto, y a fuerza de argucia y saber escarbar, hace una argumentación brillante mostrando que tal caso no cabe dentro del texto de la ley. Este tipo de abogado refleja una flexibilidad de espíritu, de elasticidad, una forma de luz mental -y he aquí la belleza de *métier* del abogado- que es diferente de la otra.

En el orden natural de las cosas podemos ver por ejemplo que un obelisco es una belleza: impávido en medio del desierto, uno, solo, continuo; los siglos cambian y él no cambia. Podemos ver que es lindo por ejemplo el vuelo caprichoso de un insecto en torno al obelisco; un baile en los aires completamente nuevo e inesperado. Así también podemos ver en el estilo, en el movimiento, en la habilidad -e insisto en estas palabras: en la “luz mental” de cualquiera de esas dos formas de abogacía, una belleza de alma, de movimiento del espíritu, una forma tan diferen-

te de la otra, pero que nos dan idea de la lucidez infinita de Dios que es la propia inteligencia, y en cuyas obras y en cuyo modo de gobernar el universo vemos exactamente esto: de un lado el Altísimo que magníficamente ordena todo el universo y que al mismo tiempo crea un conjunto de seres que representan situaciones, casos, etc. en que el Creador como que casi juega con las reglas que Él mismo puso y que por medio de una serie casi infinita de “divinos caprichos” hace excepciones saltarinas que son un encanto en medio de la gran majestad de las cosas que Él mismo creó.

Tenemos entonces aquí lo que constituye la esencia del *métier* del abogado. Es una forma de luz mental que tiende a ejercerse, a aplicarse, y el abogado que no desarrolla esta luz pasa la vida entera frustrado. Hay algo en él que debía florecer y no floreció, lo cual lo deprime, lo amarra y lo aburre. Aunque tenga grandes posibilidades en otra carrera, traspone toda la vida como alguien que está por ejemplo con un brazo atado, enloquecido por estirarlo pero no puede. Y es un malestar peor porque no es en el cuerpo sino en el alma.

En la profesión de abogado está contenida también la prueba del derecho, de la ley, del orden del universo, de la defensa del inocente, etc.; son cosas de gran belleza que simplemente entran por los ojos. Y son igualmente de una gran sacralidad. Pero el ser humano no percibe tanto la sacralidad en la función que ejecuta cuanto en la del tipo de “luz mental” que él expresa al hacer aquella función: es ahí que él siente propiamente la sacralidad.

El arquitecto: un espíritu altamente figurativo del Espíritu de Dios

Consideremos ahora otra profesión: ¿Cómo me imagino al arquitecto? Tengo la convicción de que la obra de arte maestra del hombre no es la escultura, ni la pintura, ni la música sino la arquitectura. La mejor expresión de la sociedad humana no es un cuadro, una escultura o una pieza musical, ni una joya, ni un mueble, sino una edificación en la medida que esta se entienda con todo lo que ella abarca.

Por ejemplo se debe apreciar una catedral con toda su estructura de piedra, con sus vitrales, sus imágenes, sus bancas, sus nichos, sus altares, su sagrario y con su órgano tocando. Es decir que todas esas cosas que están dentro de una catedral -incluyendo mosaicos, tapices, etc.- son piezas para ser vistas en un conjunto y ese conjunto es el predio. De tal manera que este da la perspectiva total la cual vale más que las perspectivas parciales que están adentro, así que el que arquitecta el todo desempeña una actividad más elevada que aquellos que conciben las partes. Y así como es más reflexivo ser un arquitecto que un ebanista que hace una silla, es más reflexivo ser un arquitecto que un pintor o un escultor desde que se comprenda que la pintura y la escultura solamente tienen razón de ser cuando están dentro de un predio o de una casa.

Una casa es la obra de arte maestra que -más que los objetos que están dentro de ella- debe contener al hombre, pues ella es lo que enmarca al hombre. Así como el marco tiene un gran papel para darle realce a un cuadro, el predio es el propio marco del hombre, de la familia, incluso de una diócesis por ejemplo, con su obispo, sus canónigos y sus monseñores, donde todos han de estar rezando en pleno boato de jerarquía y liturgia juntas.

Así que yo me imagino un arquitecto, como un individuo que tiene ante



todo una idea elevada de la naturaleza de aquello que construye, y sabe edificarlo teniendo en cuenta, en determinado momento, el conjunto de las almas de un grupo humano sabiendo hacerlos expresarse en sus aspectos más nobles y favorables, dentro de las circunstancias que aquella obra arquitectónica debe representar.

Es decir, ese arquitecto que imagino no es solamente un teólogo, un filósofo y hasta cierto punto un historiador que conoce bien la historia de la institución a la cual le construye algo; más que eso, se trata de un individuo que tiene noción del modo por el cual los hombres de su tiempo -al menos los hombres buenos, los contra-revolucionarios, no estoy hablando de la canalla de su tiempo- sienten la institución para la cual él les construye. Posee un sentido de observación psicológica muy fino y hay una interrelación de su alma con una serie de valores; por lo tanto tiene un conjunto arquitectónico de conocimientos que el transferirá a una arquitectura de piedra. Es por lo tanto un espíritu sobresaliente que sabe tomar de la nada una serie de conceptos, reunirlos y hacer algo que exprese lo que él quiere y en lo que pone su alma. Es decir, se trata de un espíritu altamente configurativo del Espíritu de Dios creando y ordenando todas las cosas.

Este sería a mi modo de ver el espíritu de un arquitecto. No es por lo tanto un espíritu politécnico que muchas veces mutila y amputa reduciendo las cosas a finalidades funcionales, que evidentemente deben estar presentes en toda su realidad y en todas sus exigencias, pero que son secundarias, restringiendo todo a una uniformización y empresa económica común. Esto me parece errado.

La manera de ser de un médico

En lo referente a un médico -si es que lo percibo bien- su luz intelectual al menos en cuanto clínico, tiene algo de diplomático y político aunque naturalmente de mayor categoría. Se trata de una sutileza espiritual, por la cual a la vista de los síntomas, hace una disposición de ellos para establecer la hipótesis, acompañando el proceso de la enfermedad con sentido y concatenación de causas y efectos, ordenando las circunstancias como el político hace política y el diplomático hace diplomacia. Me da la impresión de que se actúa con el hígado o el páncreas con la misma habilidad con que se procede en política.

Doy un ejemplo: cuando comencé a mejorar del azúcar⁵ volví a consumirla pero mi médico me ordenó repentina-

mente interrumpirla antes que se me normalizase del todo. Yo me dije a mí mismo: “Dios mío comenzar todo otra vez”. Pero el médico me explicó que era necesario interrumpir el uso de azúcar para que el páncreas que ya estaba fortalecido comenzase a trabajar normalmente o de lo contrario se haría perezoso, habituándose al remedio y era necesario obligarlo a que funcionara otra vez por sí mismo. Y de verdad comencé a mejorar hasta alcanzar esta relativa normalidad en que gracias a Dios estoy actualmente.

¡Cuántas cosas hace así la Medicina! Me da la impresión que es “el pan de cada día” de la Medicina. Un médico por ejemplo trata un páncreas como quien trata con los soldados perezosos de un ejército, o con un pueblo que no quiere trabajar y al que hay que dejar empobrecer un poco para que trabaje. Es decir son mil maneras, mil sacudones, mil acrobacias con la naturaleza, cuidadosamente estudiadas y que son la gloria y la forma de la “luz intelectual” del clínico.

El gusto que el individuo ha de tener por su profesión, no debe ser por ganar dinero aunque lo necesite para vivir de ella, sino en el placer de extraer de sí mismo, una cantidad de cosas que duermen dentro de él y que a todo costo las deber sacar para realizarse, para explicitarse así mismo.

Predicación al interior de una catedral – Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, España



De otro lado debe entrar un amor a la belleza de ese tipo de operación mental en cuanto a ella misma, por cuanto todo se reduce a la belleza del operar mental, especialmente en lo que se refiere a las profesiones intelectuales. Y es precisamente esa belleza de la actuación de la mente, lo que nos convoca a adorar a Dios en cuanto siendo así, procurando ver de ese modo todas las cosas que el Creador puso en el universo y comprendiendo que Dios va a hacer cosas de ese tipo con nosotros en el Cielo por toda la eternidad, entonces todo aquello es una prefigura de lo que será nuestro propio Cielo.

Francisco Lecaros



Acción de gracias ante el Santo Sudario después de la epidemia de cólera de 1836 – Museo Nacional del Palacio Mansi, Lucca, Italia

guerreros, o el tesón de ese pueblo está ya liquidado. Porque de todas las actividades humanas ninguna tiene tanta nobleza y tanta analogía con las cosas de Dios, con la luz mental que hay en Dios, como el sacerdocio; es algo evidente. Pero también una sociedad que no produce guerreros es que no odia lo contrario a lo que ella ama y por lo tanto no ama nada; es una sociedad que está en estado de putrefacción. El espíritu sacerdotal y el espíritu guerrero son esenciales en el equilibrio de toda sociedad. ❖

(Extraído de conferencia de 21/11/1969)

Sacerdotes y guerreros: esenciales en el equilibrio social

La conclusión de esta exposición para nuestra vida espiritual, sería habituarnos a reconocer así los fundamentos sacrales de todas las actividades que ejercemos, o que otros realizan alrededor nuestro, pero bajo la forma de “luz intelectual” que la acción trae consigo misma. Comprendo que la actividad humana pueda ser vista de mil otras maneras, pero es bajo la forma de “luz intelectual” que al fin de cuentas podemos comprender mejor a Dios y a la sacralidad de una profesión.

Dante, cuando habla -no recuerdo bien si es de la Gracia o de Dios-

da esta definición: “Luz intelectual llena de amor, amor lleno de todo bien”. Es una frase de un cántico que dicha en italiano -no me atrevo hacerlo porque no conozco bien la pronunciación- es muchísimo más bonita que en portugués.

El gusto que nuestra alma tiene por realizar cierto tipo de operaciones, es el resultado de una luz que hay en nosotros. Una particular lucidez para percibir ciertas cosas. Una especial aptitud de los sentidos y la voluntad para llevar a cabo todo aquello. Y es en esto que nuestro ser más se parece a Dios.

En atención a esto, un pueblo que da pocos sacerdotes y pocos guerreros, está en estado degenerativo. O se hace un trabajo para que vuelva a dar muchos sacerdotes y muchos

- 1) Ver Revista *Dr. Plinio*, No. 154, enero de 2011, pgs.18-23.
- 2) Sacral: Del latín medieval “Sacralis”. Digno de veneración y respeto.
- 3) Del francés: *chacun* (cada uno); (“cadaunera”), palabra usada por Rabalais significando el lugar o situación modesta del hombre común. Dr. Plinio la empleaba para indicar la situación mediocre y confortable de quien no vive para un alto ideal.
- 4) Aspiración para contemplar las verdades, virtudes y perfecciones divinas de un modo propio y único, por lo cual una alma o un pueblo dará su gloria particular a Dios.
- 5) Dr. Plinio tuvo una grave crisis diabética en diciembre de 1967 y necesitó hacer una rigurosa dieta alimenticia por largo tiempo.

Luis XIV y el Sagrado Corazón de Jesús



Busto de Luis XIV



Aparición del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque, Catedral de Lisieux, Francia

Si el “Rey Sol” hubiera atendido el mensaje del Sagrado Corazón de Jesús, transmitido a través de Santa Margarita María Alacoque, habría evitado la Revolución Francesa, y la Historia del mundo sería otra.

En el prefacio de un álbum sobre Versalles, Jean d’Ormesson¹ hizo el siguiente comentario:

Luis XIV, precursor de la Revolución Francesa

Detrás del arte y de la belleza de Versalles, hay toda una sociedad y toda una política que trata de asestar el último golpe contra el feudalismo, de reducir a simples súbditos los grandes señores. De fijar las bases de la burocracia monárquica, de sofocar bajo el brillo de las fiestas las tentaciones de hacer subversión, de independencia y de rebeldía... Por detrás de la epopeya del arte clásico y de la monarquía

legítima, ya se hace anunciar la Revolución burguesa, que estallará al final del siguiente siglo.

Esto quiere decir que Luis XIV fue precursor de la Revolución Francesa. Y es exactamente eso.

Luis XIV en Versalles, se coloca en lo alto de una curva, que no hace sino subir desde los primeros capetos, y desde esta situación elevada, ya se perciben, a lo lejos, los frutos del centralismo, de la degradación de los grandes y el reino de las oficinas instaladas por Colbert...

Es el Estado moderno, democrático, nivelador y dictatorial.

En Versalles, entretanto, la persona casi sagrada del rey y su corte bastan para obtener el horizonte...

Esa es una expresión muy interesante de d’Ormesson: “Bastan para obtener el horizonte”. Quiere decir, para encubrir, para disfrazar el horizonte.

Versalles es un mundo cerrado dominado por el rey. No solamente que haya un sólo Versalles, sino que Versalles es toda Francia...

O sea, la centralización absoluta. Todo esplendido, el palacio es magnífico, pero la autoridad del rey sirve para esconder la autoridad de los burócratas y de los burgueses que vienen subiendo.

Eso es muy interesante porque se percibe una cosa curiosa: un rey que no hubiera brillado como Luis XIV, no conseguiría disfrazar tanto la Revolución que subía, de tal manera que su brillo le sirvió a todo lo que vendría después.

Rechazar o aceptar una gracia puede hacer girar la Historia

Podríamos preguntar si Luis XIV, dando oídos al recado de Santa Margarita María y atendido al Sagrado Corazón de Jesús, no hubiera roto esa trama. Entonces, qué momento histórico, extraordinario, fue ese, que habiendo recibido aquel mensaje y, tal vez después de una corta reflexión interna, dijo no. Podría haber dicho sí, y tal vez estuvo cerca de haber dicho sí, pero dijo no. La Historia del mundo cambió...

Al contrario de lo que dicen algunos, que todo depende de la conducta de la sociedad, y que los individuos influyen poco, etc., vemos como un acto interno, sea de rechazo o de aceptación de la gracia, puede dar la vuelta a la Historia del mundo. ¡Es trágico!

Para el que conoce el asunto, esto constituye una nota triste al visitar Versalles, pensando que el feudalismo tuvo allí sus últimos espasmos, que fue sepultado en medio de

un mundo de fiestas, que los más altos personajes del feudalismo eran rebajados a una condición brillantemente servil delante del rey, y que este construía un vacío a su alrededor con pretexto de subir solo. Pero nadie sube mucho solo, sin haber hecho un vacío en torno de sí. Este es un principio que no falla.

Se comprende que Luis XIV, con su grandeza real, brillante, magnífica, estaba preparando los funerales de la Francia del *Ancien Régime*².

Lo peor fue que eso se diseminó después para todas las cortes del mundo. Todo rey quería ser un pequeño Luis XIV. Hasta en el siglo XIX, el Rey Luis II de Baviera, medio desequilibrado, todavía construía castillos con la idea de ser una especie de Luis XIV. La figura de este monarca modeló todo, y con esto el mundo monárquico al mismo paso caminó hacia el mundo democrático. ¡Pero lo hizo con sus propias piernas!

Si un día escribiéramos una Historia del mundo, tendríamos que revisar la Historia de la Revolución: es-

ta no fue, principalmente, la Historia de los revolucionarios que se levantaron y derribaron, sino la Historia de los contrarrevolucionarios que estaban arriba y se lanzaron hacia abajo. Danton, Marat, Robespierre, etc. tuvieron como precursor al “Rey Sol”.

Encargo de Nuestro Señor, por mediación de una monjita

En el mensaje a Santa Margarita María, el Sagrado Corazón de Jesús se refería así a Luis XIV: “Vaya a decirle a mi amigo, el Rey de Francia...” En determinado momento la Santa transmitía el siguiente mensaje al Rey:

“El Sagrado Corazón de Jesús solamente pide vuestra confianza en su bondad, para haceros experimentar la dulzura y la fuerza de su socorro.”

La fórmula así tomada, parece dar a entender que el rey estaba necesitando de socorro y lo tenía muy claro, y que Nuestro Señor le decía que recurriera a Él, no pedía otra cosa sino la confianza en su Sagrado Cora-



Luis XIV recibe una comitiva persa - Palacio de Versalles, Francia



SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

zón, para que el monarca tuviera entonces la experiencia de su bondad y su dulzura. Como si afirmara: “Yo no estoy pidiendo sacrificio, pero suplico este paso delicado: que creáis en la autenticidad del mensaje de esta religiosa — venida de un convento de un lugarejo, que en aquel tiempo debía ser de mínima importancia —, creed en eso y todo correrá bien.”

Entretanto, ¿qué título Nuestro Señor le daba a Luis XIV para que creyera en eso? No dispensó ninguna prueba, no hubo milagro, no sucedió nada.

Son cosas que sucedieron entre Dios y Luis XIV... Es posible que el monarca haya tenido antes un sueño, indicando que recibiría un mensaje o cualquier cosa así; o que haya recibido una de esas gracias interiores con las que el Altísimo toca las almas, y de tal modo que no tenga duda ninguna de que su autor fue Dios.

Pero vean qué sacrificio para un racionalista: en cierto momento Luis XIV tuvo que creer en una paradoja, en una cosa que era casi una aberración. El mayor rey de la tierra recibir del Sagrado Corazón de Jesús un recado, por mediación de una monja perdida en un convento ignorado,

y cambiar su actitud interior delante de Nuestro Señor: debe creer en un Dios que tiene lástima de él... Él, el rey omnipotente, pero que delante del Creador, no es sino una hormiga, y que además necesita ser tratado con bondad, como un niño enfermo es cuidado por su madre; ¡entonces ahí es que será socorrido!

Intenten colocar ante sus ojos la figura del rey con aquel talante, y comprenderán lo que esto representaba. Pero, era necesario pasar por ahí... Confianza, sí, pero de rodillas y con las manos juntas, confiando que sería tratado con bondad. Él no es así, medio colega de Dios, no; es con la cabeza encorvada, el sombrero bajo, pidiendo perdón.

Actitudes de la población de París frente a dos lances de la Revolución

Cuando Nuestro Señor expresó a Luis XIV “diga a mi amigo, el Rey de Francia...”, eso tenía probablemente varios sentidos: en primer lugar, que el Rey de Francia, por función, es su amigo. Pero también tenía un significado personal, esto es, que es ami-

go del Rey de Francia. Luis XIV tenía varios puntos por donde se podía decir que era un hombre que quería mucho a Dios. Porque la contradicción de ciertas almas muy llamadas es esta: hay cosas buenas que se mantienen en medio del horror, y a veces llegan al extremo, y este era el caso de Luis XIV.

Tenía una concubina que, al parecer estaba siendo despreciada por el monarca, por lo que recurrió a la magia negra, mandando celebrar misas sacrílegas para conservarse en ese estado de pecado con Luis XIV.

Al tomar conocimiento de eso, por medios seguros, Luis XIV tuvo una especie de náusea y horror de ella, y entonces la ruptura fue definitiva.

El rey, por tanto, llegó a un auge de humillación, al percibir que la mujer con la que había prevaricado era de esa calaña y capaz de aquello por ambición. En el extremo del camino Luis XIV se encontraba con satanás, porque él había rechazado otro camino, en cuyo extremo estaba el Sagrado Corazón de Jesús. ¡Es una cosa tremenda!

Entonces, vemos aspectos bonitos, y lados horribles que asustan. También es cierto que, a los ojos de un monárquico, Luis XIV es un sol que aún no acabó de ocultarse. Porque cuando los pueblos se deslumbran con la monarquía y manifiestan el deseo de que ella se restaure, es por un anhelo de ver restablecida una grandeza de la cual el sol fue él.

Una cosa que llama la atención es la diferencia entre la conducta de la población de París por causa de las guerras de religión del siglo XVI, y la del final del siglo XVIII e inicio del XIX, durante la Revolución Francesa.

En tiempos de las guerras de religión, la población de París fue el gran baluarte de la Religión Católica, para impedir que Henrique IV subiese al trono como rey oficialmente protestante. Porque el problema de la guerra era este: si un protestante de-



Abjuración de Henrique IV - Museo de Bellas Artes, Pau, Francia

clarado, podía ser Rey de Francia. Y los católicos sustentaban que no; y una parte ruin de la población, incluidos los protestantes claro está, sustentaban que sí podía.

París ofreció una oposición irreductible al protestante Henrique IV. Dígase de paso, que esa oposición fue fuertemente reforzada por las tropas que Felipe II mandó a París. Y al fin, viendo la ultra catolicidad de la población de París, Henrique IV asistió a una Misa — si no me engaño en *Notre Dame* o en algún otro lugar público — para dar a entender que se había convertido. E hizo aquella afirmación cínica: “París bien vale una Misa.” A partir de ahí fingió constantemente haberse convertido.

Entretanto, a finales del siglo XVIII no fue propiamente la población de París, que hizo la Revolución Francesa, sino algunos aventureros, con la contribución de una parte de esa población. Pero la gran mayoría de la población parisiense asistió semi indiferente, intimidada y desagradada hasta el fondo por todo aquello.

¿Cómo es que París cambió tan asombrosamente?

El rechazo a la invitación

Si Luis XIV hubiera aceptado la invitación de Santa Margarita María, habría restaurado el París del tiempo de las guerras de religión; no se puede pensar en una Revolución Francesa con un clima así. Creo que esa Revolución no habría estallado; las aguas hubieran corrido simplemente para otro lado.

En sentido contrario, el París del rechazo de Luis XVI fue el de la Revolución Francesa. ¡Es una cosa tremenda!



Luis XIV teniendo al fondo el Palacio de las Tullerías - Palacio de Versalles, Francia

Durante esa Revolución llegaron a promover esta blasfemia: al día siguiente del asesinato de Marat, los revolucionarios le arrancaron el corazón y erigieron una especie de altar improvisado, donde lo expusieron, poniendo abajo la siguiente frase: “*Sacré coeur de Marat, priez pour nous*” — sagrado corazón de Marat, rogado por nosotros. Como diciendo “no es el Corazón de Jesús el que vale, es el corazón de Marat”.

Ahora, cuando consideramos la figura del Santo Sudario de Turín, vemos allí, según el dicho de Bossuet, *un Dieu brisé, rompu et imolé* — un Dios herido, quebrado e inmolado —, ¡pero con qué majestad!

Aunque Jesús se perciba acostado, da la impresión de que está de pie. El busto erecto, el cuerpo perfecto, el pecho anchuroso y el tronco en la medida que se aproxima a los cuadriles se va estrechando; una

proporción perfecta entre la cabeza, los hombros y el tronco. Un aspecto que, para mí, aumenta su majestad, es el tamaño de la cabeza. Por constituir exactamente la parte más noble, el hecho de que sea, a mi ver, un poco grande con respecto al conjunto, es una excelencia más de majestad y nobleza.

La nariz, a pesar de haber quedado deformada por los golpes, refleja una lógica, una coherencia que llega hasta el extremo. Toda su fisonomía es lógica, coherente y, es necesario decir, ¡de una severidad extraordinaria!

Aquella boca que emitió tantas enseñanzas, que dijo palabras tan cariñosas a Nuestra Señora, que profirió oraciones tan inefablemente magníficas, ¿no es verdad que en el Santo Sudario esa boca parece estar haciendo una censura? ¿Esos ojos cerrados están o no están mirándonos a cada uno de nosotros? ¡Eso es algo evidente! Es la majestad del Redentor que, a través de la fisonomía del Hombre-Dios, juzga a quien está mirando y lo convida a pedir perdón y hacer penitencia.

Pues bien, atrás de ese pecho pulsó un Corazón Divino, que sería revelado después a los hombres como símbolo de su amor y de su mentalidad, y que hizo a Luis XIV la invitación que nosotros conocemos... ❖

(Extraído de conferencia de 13/8/1991)

- 1) Periodista y literato francés.
- 2) Del francés: Antiguo Régimen. Sistema social y político aristocrático en vigor en Francia entre los siglos XVI y XVIII.



Reina y Madre de misericordia

Las primeras palabras de la Salve inspiran a quien las recita la plena confianza de que será atendido, a pesar de sus miserias.

Me pidieron que hiciese un comentario de la Salve. Debido a que dispongo de poco tiempo, voy a comentar apenas las primeras palabras de esta bella oración: “Dios te salve Reina y Madre de misericordia...”

Reina que tiene todo y puede todo

Salve, en latín, es un saludo, y pasó así para el portugués. Los latinos acostumbraban a decir *salve* como saludo, sin ninguna relación ni sentido con la idea de salvación, “salvadme”. No es eso, es un simple saludo. Entonces, “yo os saludo”.

Ahora viene otro punto: “... Reina y Madre, Madre de misericordia.”

Vemos aquí una armonía muy bonita. El autor de la oración coloca ante todo el título de Reina.

¿Nuestra Señora es Reina? Evidentemente, Ella lo es, pues es la Madre del Rey, y un Rey que hace todo cuanto Ella desea.

María Santísima es llamada la Omnipotencia Suplicante. Ella, de sí, es una criatura humana como nosotros, pero la súplica hecha por Ella es omnipotente, porque puede todo delante de Dios.

Así, también en cuanto suplicante, María es Reina, porque Aquella que puede todo es Reina. Entonces, viene una idea puesta al alcance del fiel: Aquella a quien se dirige es una reina; luego, tiene y puede todo.

La reina y el rey son de una riqueza enorme. Normalmente son las personas más ricas del reino, que disponen de la mayor suma de poderes, honores y riquezas de todo tipo. Ella es la Reina, es decir, todo cuanto le pedimos Ella puede dar.

Además, Dios, que es su Hijo, concede todo cuanto su Madre insondablemente perfecta le pide. El resultado es que, cuando le pedimos alguna cosa, tenemos la certeza de que nos la puede dar, porque Ella tiene. Eso nos lleva a llenarnos de confianza en nuestro pedido.

María, Trono de Sabiduría (Archivo particular)

No hay cariño como el materno

Enseguida viene: “Madre de misericordia.”

Madre ya trae consigo la idea de misericordia, porque el ente más misericordioso y compasivo, en una época en que la institución de la familia funcione normalmente, es la madre. Aunque el padre sea muy bueno y su afecto es indispensable para completar la educación del hijo. Pero el cariño es con la madre.

Recuerdo haber asistido, cierta vez, en casa, a una escena minúscula, entre mi padre y mi madre.

Yo acostumbraba, en aquel tiempo, a salir después del almuerzo a mi oficina de abogado. Mi madre me acompañaba hasta la puerta del ascensor, al lado del cual hay una escalera. A veces yo estaba con mucha prisa y me impacientaba con la lentitud del ascensor, y bajaba las escaleras a toda prisa. Recuerdo que, en cuanto bajaba, escuchaba a mi madre decir: “Hijo, cuidado con los afanes.” Era una última señal de cariño.

Pero un día yo bajé muy precipitadamente y olvidé un objeto en casa. Llegando a la calle, sentí falta del objeto y volví para cogerlo. Pasé al lado de una pequeña sala de estar donde mi padre y ella tenían costumbre de permanecer durante el día. Estaban conversando, seguros de que yo ya me había ido.

Mi padre estaba sentado en un sillón y mi madre, de pie junto a él, decía:

— Juan Pablo, hoy mandé hacer para la cena tal plato. ¿Usted cree que Plinio quedará satisfecho o será mejor preparar otra cosa?

No paré para mirar, pero tuve la impresión de que mi padre estaba loco por hacer siesta, y respondió negligentemente que estaba bien.

Insatisfecha con la respuesta, ella añadió:

— No, pero quien sabe si no es mejor hacerlo de tal otro modo.

— Está bien también – respondió él.

Como él estaba queriendo ir a dormir y ella continuaba insistiendo, él dijo:

— Bien, se ve que madre es madre. Si fuese yo diría: “Joven, aquí hay tal cosa para cenar, si no quieres, ve a cenar a un restaurante.”

Pues bien, mamá quería evitar exactamente que yo fuese a un restaurante, por el gusto de estar y conversar conmigo. Es el cariño de la madre que es todo especial, único.

Madre toda hecha de misericordia

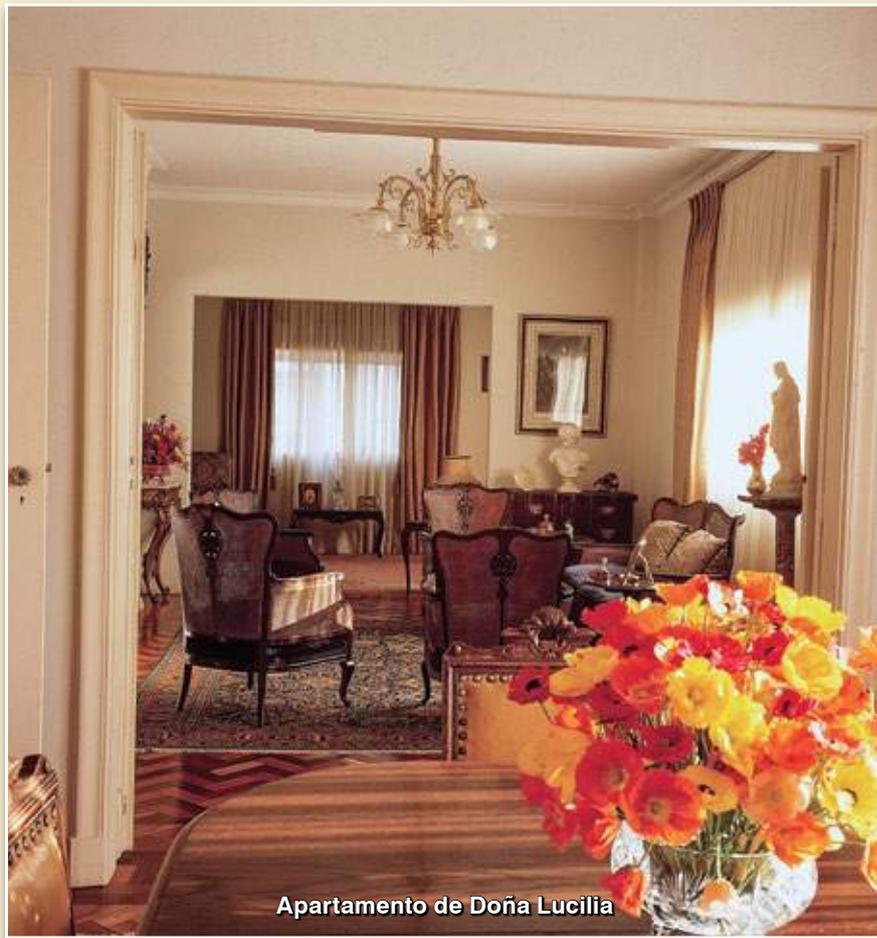
Entretanto, no estando contento con la idea, el autor de la Salve puso: “Madre de misericordia.” Es una Madre hecha toda de misericordia.

¿Qué quiere decir misericordia? *Cordis*, en latín, es el corazón. *Miseri*, los miserables. Por lo tanto, hacia los miserables Ella es “toda corazón”. Los miserables son aquellos que no tienen de que vivir, están en la miseria. Sin embargo, moralmente hablando son los pecadores que ofendieron muchas veces a Nuestra Señora y le dieron motivos para estar descontenta.

Entonces, está todo reunido para inspirar la mayor confianza: Ella es una reina que tiene todo y puede todo; es Madre de misericordia, “toda corazón”, incluso para los hijos más miserables.

¿Quién puede dejar de tener toda la confianza en la bondad de Ella en que será atendido, cuando hace esta oración? ❖

(Extraído de conferencia de 5/3/1992)



Apartamento de Doña Lucilia



SANTORAL

Timothy Ring



San Pedro Julián Eymard

1. San Alfonso María de Liguorio, obispo y doctor de la Iglesia († 1787).

San Etelvoldo, obispo († 984), Discípulo de San Dustán de Canterbury y el Obispo de Winchester, compiló la “Concordia Regular para la restauración de la observancia monástica en Inglaterra”.

2. San Eusebio de Vercelli, obispo († 371).

San Pedro Julián Eymard, presbítero († 1868).

San Esteban I, Papa († 257). Para afirmar con claridad que la unión bautismal con Cristo sucede una sola vez, prohibió que aquellos que quisieran volver a la plena comunión con la Iglesia recibieran el Sacramento por segunda vez.

3. San Eufronio, obispo († 475). Edificó en Autun, Francia, una basílica en honor del mártir San Sinforian y adornó con mayor decoro el sepulcro de San Martín de Tours.

4. San Juan María Vianney, presbítero († 1859).

Beato Enrique José Krzysztófik, presbítero y mártir († 1942). Capuchino del convento de Lublin, Polonia, deportado al campo de concentración de Dachau, Alemania, donde murió.

5.XVII Domingo del tiempo Ordinario

Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor.

Santa Margarita de Cesolo, viuda († c. 1395). Hija de campesinos de Cesolo, Italia. Después de la muerte de su marido, dedicó toda su vida al servicio de los pobres, a la oración y a la penitencia.

6. Transfiguración del Señor.

Beato Octaviano, obispo († 1132). Monje benedictino, hermano del Papa Calisto II, elegido Obispo de Savona.

7. San Sixto II, Papa, y compañeros, mártires († 258).

San Cayetano de Thiene, presbítero († 1547).

8. Santo Domingo de Guzmán, presbítero († 1221).

Santa Bárbara Rodríguez Castro, virgen († 1905). Fundó en Zamora, España, la Congregación de las Siervas de San José.

9. Santa Teresa Benedicta de la Cruz, virgen y mártir († 1942).

Santa Mariana Cope, virgen († 1918). Alemana de nacimiento, ingresó en la Orden Tercera Regular de San Francisco en los Estados Unidos. Continuó con el trabajo de San Damián de Veuster en el cuidado de los leprosos en la isla de Molokai, Hawaii.

10. San Lorenzo, diácono y mártir († 258).

Beatos Claudio José Jouffret Bonfont, Francisco François y Lázaro Tiersot, presbíteros y márti-

res († 1794). Sacerdotes que murieron presos en un sórdido buque junto a Rochefort, durante la Revolución Francesa.

11. Santa Clara de Asís, virgen († 1253).

Beato Maurício Tornay, presbítero y mártir († 1949). Nacido en Suiza, anunció el Evangelio en China y el Tíbet, donde fue asesinado en una emboscada.

12. XIX Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Juana Francisca de Chantal, religiosa († 1641).

Santos Tiago De Mai Nam, anciano, **Antônio Pedro Nguyen Dich** y **Miguel Nguyen**, mártires († 1838). Sacerdote campesino y médico decapitados en Nam Đinh, Vietnam, después de sufrir atroces suplicios.



San José de Calasanz

Francisco Lecaros

13. Santos Ponciano, Papa, e Hipólito, presbítero y mártires († c. 236).

San Juan Berchmans, religioso († 1621). Hermano jesuita fallecido en Roma, a los 22 años, después de una breve enfermedad.

14. San Maximiliano María Kolbe, presbítero y mártir († 1941).

Beata Isabel Renzi, virgen († 1859). Fundadora de las Maestras Pías de la Virgen Dolorosa.

15. Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora

San Estanislao Kostka, religioso († 1568). Nacido en Polonia, huyó de casa enfrentándose a la oposición paterna a su vocación e ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en Roma. Murió a los 18 años.

16. San Esteban de Hungría, rey (1038).

Santa Rosa Fan Hui, virgen y mártir († 1900). En la persecución de los "boxers", en China, sufrió innumerables torturas, siendo finalmente lanzada a un río aún con vida.

17. Santa Clara de la Cruz de Montefalco, virgen († 1308). Ver página 2.

18. Santa Helena, reina († c 329). Madre del emperador Constantino, es atribuido a ella el descubrimiento de la verdadera cruz de nuestro Señor.

19. XX Domingo del Tiempo Ordinario.

San Juan Eudes, presbítero († 1680).

San Ezequiel Moreno Díaz, obispo († 1906). Ver página 26.

20. San Bernardo de Claraval, abad y Doctor de la Iglesia († 1153).



Santa María de Mattias, virgen (†1866). Discípula de San Gaspar de Búfalo, fundó en Roma la Congregación de las Hermanas Adoradoras de la Preciosísima Sangre de Cristo.

21. San Pío X, Papa († 1914).

Beato Bruno Zembol, religioso y mártir († 1942). Franciscano polaco deportado al campo de concentración de Dachau, Alemania, donde murió.

22. Nuestra Señora Reina.

San Felipe Benizi (o Benicio), presbítero († 1285). Religioso Servita, consideraba a Cristo Crucificado como su única fuente de enseñanza.

23. Santa Rosa de Lima, virgen († 1617).

Santos Claudio, Asterio e Neón, mártires († 303). Hermanos acusados por la madrastra de ser cristianos, según consta, decapitados en el tiempo del emperador Diocleciano.

24. San Bartolomé, Apóstol.

Beata María de la Encarnación Rosal, virgen (†1886) Hermana Beathlemita nacida en Guatemala, fue

reformadora de la orden y fundadora de varios colegios en Guatemala, Costa Rica, Colombia y Ecuador, donde falleció.

25. San Luis, Rey de Francia († 1270).

San José de Calasanz, presbítero († 1648).

26. XXI Domingo del Tiempo Ordinario.

Beata María de Jesús Crucificado Baouardy, virgen († 1878). Nacida en Galilea y educada en Francia, ingresó en las Carmelitas Descalzas y fundó conventos de esa orden en Mangalore (India) y Belén (Palestina).

27. Santa Mónica († 387).

San Amadeo, obispo († 1159). Abad del monasterio cisterciense de Hautecombe, Francia, elegido Obispo de Lausana, Suiza.

28. San Agustín, obispo y doctor de la Iglesia († 430).

Santa Florentina, virgen († S. VII). Hermana de los Santos Leandro, Fulgencio y Isidoro de Sevilla.

29. Martirio de San Juan Bautista.

Beato Edmundo Ignacio Rice, fundador († 1844). Fundó en Waterford, Irlanda, la Congregación de los Hermanos Cristianos y la de los Hermanos de la Presentación.

30. Beato Alfredo Ildefonso Schuster, obispo († 1954). Monje benedictino, fue abad de San Pablo extramuros de Roma y, más tarde, Arzobispo de Milán.

31. Santos José de Arimatea y Nicodemo († s. I). Recogieron el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo al ser bajado de la Cruz y lo depositaron en el Sepulcro.



Autenticidad y sentido psicológico

Todo ser humano tiene cierta noción a respecto de sí mismo, sin embargo muchas veces intenta aparentar aquello que no es, convirtiéndose en una persona inauténtica. Por el contrario, aquél que se presenta con autenticidad tiene el verdadero sentido de la vida y adquiere un aguzado sentido psicológico.

Voy a tratar del sentido psicológico y del modo por el cual los hombres se conocen unos a otros.

Saber apreciar aquello que se es

Todo hombre tiene una idea de cómo querría ser. Tanto es así, que se arregla, se presenta y se modela, de acuerdo con aquello que desearía ser. Y generalmente, corresponde a una mezcla entre lo que le gustaría ser y lo que consigue ser.

Naturalmente, podríamos hacer una pregunta que no deja de ser incómoda e incluso desagradable, pero llena de consecuencias.

¿El hombre escoge bien exactamente aquello que querría ser, o se equivoca al escoger? Pero la pregunta es muy incómoda, porque cada uno de nosotros tiene en el fondo del alma una cierta noción, a veces vanidosa, de su propia grandeza. Gran cosa es ser hombre, y el último de ellos es una gran cosa. La cuestión es que no saben apreciar bien eso.

El otro día me vino al espíritu la siguiente reflexión cuando me lavaba el rostro, por la mañana. Afuera, las golondrinas estaban haciendo un enorme ruido, en una bonita mañana, y, oyéndolas piar, naturalmente encontré aquello alegre, inocente, interesante, me agradó prestar atención en aquello y me hice una pregunta: ¿Cuál es la razón de la alegría de esos pajarillos?

Son irracionales y por tanto no entienden que valen algo. Pero Dios puso en ellos una alegría extraordinaria de ser golondrinas; y gozan la vida en ser golondrinas.

Ahora, ¿qué significa ser golondrina, y Dios haber puesto en ellas tanta alegría de ser golondrinas?

La golondrina es, bajo cierto punto de vista – y lo importante está en que no lo es desde todos los puntos de vista –, una joya de vivacidad. No diría que son joyas de belleza.

No son como los colibrís, por ejemplo. Pero son joyas de vivacidad, y tienen una cosa en la que tal vez sean únicas, que es una forma de vita-



Luiz Gustavo Leme (CC3.0)



Las golondrinas son, bajo un cierto punto de vista, joyas de vivacidad..., y tienen una cosa en la que tal vez sean únicas, que es una forma de vitalidad encantadora.

lidad encantadora. Se embriagan con su propia vida y revolotean de un lado para otro viviendo, viviendo...

Si una golondrina pensase de no le pasaría por la cabeza tener tristeza por no ser un colibrí. Es bonito, pero la golondrina pensaría lo siguiente: "Esta vida que tengo, el colibrí no la tiene. No es un pájaro alegre como yo. Vive, tiene buen humor, pero no estalla de alegría. El colibrí revolotea a la búsqueda de algo; iyo, golondrina, revoloteo en la alegría de ser yo misma! ¡Alegría de abrir mis alas al Sol, de sentir el viento penetrar adentro de mi plumaje,

de sentirme sustentada por el viento y, cuando en determinado momento, el viento se divorcia de mí y yo continuo volando sin él. ¡Soy golondrina, y estoy contenta de ser golondrina!"

Y yo reflexionaba: ¿Qué lección quiso dar Dios al hombre haciendo así a las golondrinas? Porque tuvo una intención. Todo fue creado para nos, y, por tanto, también para mí Plinio, que estoy lavándome el rostro y oyendo las golondrinas. A medida que oigo ese piar que me alegra en medio de mil fastidios y preocupaciones, Dios me da un mensaje por medio de esos pájaros. ¿Cuál?

Es que yo, *a fortiori*, debería tener la alegría de ser hombre. ¡Cómo el hombre es más que una golondrina; cómo es un coloso en comparación con una golondrina! Es un animal racional, tiene la naturaleza que el pro-

pio Cristo asumió cuando se encarnó. Es el confín entre el mundo angélico y el mundo material; Es quien reúne y sintetiza esos dos mundos.

Aunque fuese el más pobre de todos los hombres, soy hombre, y de ahí me viene una alegría. ¡No estoy ni cantando ni piando, pero estoy haciendo una cosa mucho más alta: estoy pensando en la golondrina y subiendo hasta Dios!

Esta es una meditación simple que un profesor de primaria podría contar en su escuela y los alumnos la entenderían. Por tanto, está al alcance de un alma que sea contemplativa y tenga gusto por las grandes verdades eternas – sutiles, complejas o simples – y que se embeba de ellas.

Y yo continuaba pensando conmigo mismo...

Eso tiene ahí, hay una lección profunda: El hombre debe estar alegre por ser lo que es y no procurar ser más de eso. Cuando procura ser más de lo que es, hace el papel de la golondrina que quisiese imitar al colibrí. Sería el más infeliz de los pája-





AngMokio (CC3.0)



ros. ¡Sea golondrina y llene los espacios con su cántico de alegría! ¡Vuele en bandos y dé gloria a Dios haciendo pensar a los hombres en cómo es bueno haber sido creado por Él, aunque sólo fuese para ser golondrina!

¡En el género humano, tal vez yo no sea sino lo que es una golondrina entre los pájaros. Está bien, qué cosa colosal es ser una “golondrina”! ¡Qué coloso es una criatura, principalmente una criatura inteligente, racional!

Mito difundido por el igualitarismo

Es en función de eso que el hombre debe procurar lo que él debe ser, dejando completa y definitivamente la idea de ser colibrí, o águila, y no permitirse la pregunta maldita: “¿Qué es, lo que en mi envidia, yo querría ser?” Porque eso es una fuente de desdicha para toda la vida.

Si quisiese dar a alguien un consejo para ser desgraciado, le diría: “Pro-

cure ser aquello para lo que no tiene aptitud”.

En cambio, la persona debe hacerse honestamente otra pregunta: ¿Con aquello que tengo y soy, y con lo que no tengo y no soy, para qué valgo? No quiero ser más que este o menos que aquél; quiero ser enteramente yo mismo. Lo que no sea eso, no lleva a nada.

Cuando se tiene ese principio en la cabeza, entonces entra en el alma un océano de paz.

Si fuésemos a buscar las personas que piensan

así, no sé si el número sería suficiente para llenar los dedos de una mano, porque el igualitarismo crea un mito diferente. El sujeto siente que nació para una gran cosa – y es verdad, pues todos nacemos para una gran cosa –, pero al revés de procurar realizar esa apetencia de grandeza siendo enteramente él mismo, procura realizarla de otra manera:

“Si nací para una gran cosa, entonces nací para hacerme admirar por los otros. Luego, ¿Qué debo adquirir, o fingir que adquiriré, para conseguir la admiración de los otros? Con eso voy a fabricar el personaje que voy a ostentar delante de los otros. Es aquello que querría ser, mezclado con aquello que consigo ser – y que es apenas un fragmento de lo que querría –, mas aquello que consigo fingir que soy ante los otros”.

Por tanto, son tres elementos los que forman personajes postizos, infelices e irreales.

Si nos acordásemos siempre de eso, no tendríamos miedo del desprecio de los otros. Una golondrina no teme el desprecio del águila. El águila puede representar el poder, ella representa otra cosa igualmente magnífica: es la excelencia de vivir. No necesita nada más.

Manifestar la postura auténtica ante los otros

Para realizar eso, cada uno de nosotros debería tener bien presentes, y hacer patentes nuestros defectos y defi-

El águila puede representar el poder, la golondrina representa otra cosa igualmente magnífica: es la excelencia de vivir. No necesita nada más.

ciencias. Así, cuando no se tiene dotes para una determinada cosa, decir enseguida: “Yo no tengo cualidades para tal cosa, no sé hacerla. ¿Ud. quiere hacer el favor de ayudarme?”, porque yo no sé”. Es la única manera; y aunque solo fuese como táctica política, ya sería un buen negocio. Porque el único modo que tenemos de que los otros reconozcan lo que somos, es que nosotros reconozcamos lo que no somos.

Ahí sí, quedamos situados frente a los otros en una posición auténtica. No es un payaso, un actor que está exhibiéndose delante de los otros. Por tanto, no debo tener miedo de que

me examinen, porque no van a encontrar sino lo que yo mismo muestro. Así vivo a cara descubierta, con tranquilidad, con la santa inocencia, la santa libertad de los hijos de Dios.

Si soy eso, pueden medirme cuantas veces quieran, que no me mostraré sino así. Pero también, si no soy así, puedo engañar cuanto quiera, que siempre habrá un astuto que diga: “Mira, él no es tanto así”. Luego, ¿no es mejor mostrarme como soy, sin engaños?

Entonces, a partir de ahí, adquirimos el sentido psicológico. Porque si uno de nosotros se presenta auténticamente como es, los otros dejan trasparecer su psicología delante nuestro. El mérito de quien no miente está en tomar una actitud tal, que el mentiroso comienza a aparecer oscuro delante de él. La recompensa de hombre auténtico es la inseguridad de los inauténticos frente a él.

Además, el hombre que es así, ve con claridad dentro de sí, no se miente a sí mismo y conoce su propia psicología, pues es transparente ante sus propios ojos. Y, por analogía, comprende (discierne) mejor la psicología de los otros. Salimos del mundo de la mentira y acabamos teniendo los ojos más claros para ver el mundo de la mentira, y después la realidad de los otros frente a aquello.

Alguien podría objetar:

“Dr. Plinio, eso es bonito de decirlo. Pero si Ud. me manda a una misión que comporta que me imponga por mi simpatía o por mis capacidades, o por esta o aquella cualidad, ¿de qué sirve esta autenticidad por Ud. recomendada? ¿No es una contradicción?”

Respondo: “No. Ud. fue enviado por mí, probablemente porque es apto para hacer aquello. Analice qué recursos tiene Ud., y haga el penoso esfuerzo de mejorar esos recursos para ser lo que debe. Ud. debe ser aquello hasta donde su esfuerzo pueda llevarle. Y su plan para el fu-

turo es llegar hasta su extremo límite. Dedíquese (conságrese) a eso, y suceda lo que suceda, yo le apreciaré (admiraré).

Si Ud. no fuese así, yo lo menospreciaré, pues para mí, Ud. es un inauténtico. Y cuando Ud. venga a hablar conmigo, puede ser que por bondad le trate muy bien, pero estaré viendo perfectamente adónde va...”.

El gran duelo entre las almas

De ahí, surge una consecuencia: Cuando somos auténticos, los demás comienzan a jugar con nosotros, un juego diferente del que juegan entre sí. ¿Cuál es el juego?

Cuando el inauténtico trata con el auténtico, se siente desenmascarado. Por una parte, confía en él, pues sabe que no va a perjudicarlo, entre tanto no quiere ser descifrado. Y se da cuenta que el auténtico lo descifra. Todo cuanto el auténtico ve en él, el inauténtico lo toma como una

injurias y queda con resentimiento en relación al auténtico. Porque este ve en el inauténtico a su prójimo, pero el inauténtico ve en aquél a su juez. Se da cuenta de que las cosas que no quiere reconocer en sí mismo, el auténtico las mira y las ve. E incluso cuando no las ve, se las hace ver al inauténtico.

De esta manera, la persona auténtica se transforma en un examen de conciencia para los otros.

Es comprensible que las otras personas no gusten de nosotros y tengamos que arcar con muchas antipatías por causa de eso. Entre tanto, gusten o no gusten, la verdad es que lo que gobierna la Tierra, lo que conmueve a los hombres hasta las entrañas, no es el engaño sino la verdad. El gran duelo del mundo no es el duelo de los intereses, es el duelo entre los auténticos y los inauténticos, entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. ❖

(Extraído de conferencia de 11/7/1983)



Claudio Dias Timm (CC3.0)



Claudio Dias Timm (CC3.0)



Lo maravilloso en la vida de Santa Clara de Montefalco



Mucho mayores que las bellezas del universo material son aquéllas existentes en las almas de los santos. La vida de Santa Clara de Montefalco está repleta de maravillas. De tal manera ella amó la Cruz del Redentor que, después de su muerte, fueron encontrados en su corazón símbolos de instrumentos usados en la Pasión del Señor: clavos, corona de espinas, lanza, azote, esponja, columna; y hasta tres pequeñas esferas que representan a la Santísima Trinidad.

Vamos a considerar una ficha que dice respecto a la vida de Santa Clara de Montefalco.

Admirable virginidad

Santa Clara de Montefalco nació en el año 1268 en Montefalco, ciudad de Umbría en Italia, y murió en 1308. Conservó durante toda su vida un gran ardor en la oración. A la edad de cinco años, comprendiendo los peligros de la vida en el mundo, pidió a su hermana Juana que la admitiese en la pequeña comunidad que ella diri-

gía, y que seguía las reglas de la Orden Tercera de San Francisco. Su hermana sólo atendió esos pedidos al cabo de un año.

Una vez, a la edad de nueve años, dejó su pequeño pie desnudo salir de la cama, mientras dormía. Su hermana Juana que observó el hecho, la reprendió diciéndole que eso no era conveniente a una virgen. La pequeña Clara tuvo tanto pesar que, después de eso, siempre envolvía muy estrictamente sus pies, antes de dormir.

Más tarde no permitió ni siquiera a las religiosas que la tocasen con la

mano. Ella recomendaba a sus hijas nunca descubrir su propio cuerpo, ni aún en la oscuridad. Observaba esto tan estrictamente consigo misma, que nunca quiso mostrar al médico ninguna parte de su cuerpo sin un velo.

Decía también que las vírgenes no deben tener familiaridad ni con hombres ni con mujeres casadas, porque esa integridad perfecta da la inmortalidad al cuerpo, que embalsamado por la flor de la virginidad, es preservado así de toda corrupción.

Con la muerte de su hermana Juana fue abadesa, y llevó ese cargo con tanta prudencia, que jamás el demonio pudo alcanzar éxito, engañándola con cualquier artificio que fuese. Como había observado que era muy asidua en la contemplación de la Pasión de Jesucristo, se le apareció una vez bajo la forma de un crucifijo, con el cuerpo completamente descubierto, a fin de despertar en ella por esa vía, pensamientos innobles. Pero la virgen reconoció el arma escondida del adversario y se rio. El demonio furioso, desapareció.

Dios le dio una tal inteligencia de las cosas divinas, que se atrevió a combatir una herejía de su tiempo, participando de discusiones, donde ella convenció públicamente a uno de los adeptos de la mentira y del disimulo.

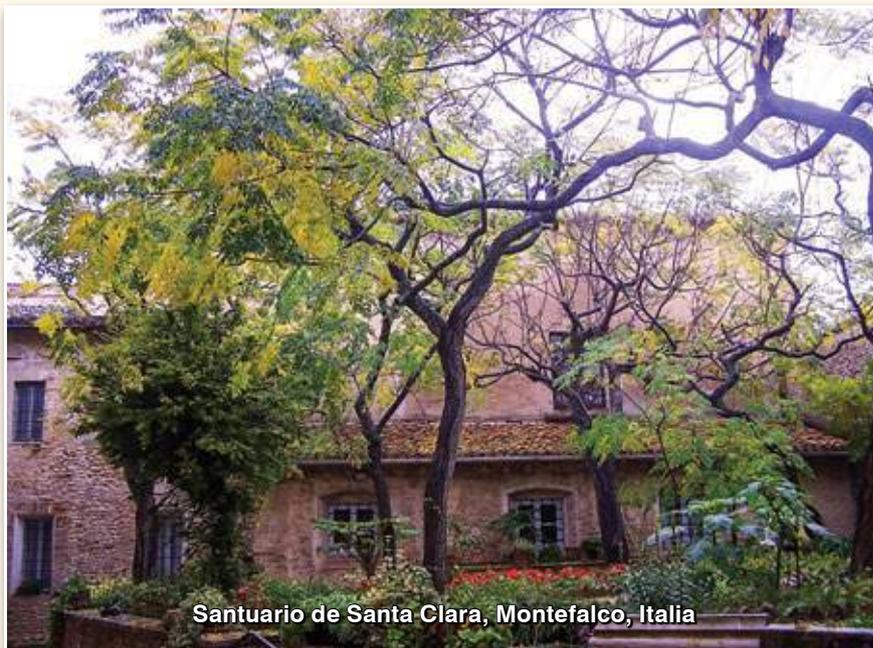
Conocía el pensamiento oculto de las personas y, a veces, tenía el don de profecía.

Nuestro Señor Jesucristo en Persona se acercó una vez a darle la Comunión.

Después de su muerte, su cuerpo permaneció incorrupto

Cierto día, ella tuvo un ligero movimiento de impaciencia con relación a una hermana, que le aseguraba que a pesar de sus esfuerzos, no encontraba ninguna suavidad en la oración.

No fue necesario más que esto para que ella fuese inmediatamente privada de todo consuelo, abrumada de penas interiores. La noche del alma en que



Santuario de Santa Clara, Montefalco, Italia

fue sumergida no duró una semana ni un mes, sino once años enteros. Después de esa noche espiritual, el Divino Sol inundó su alma con su inmortal claridad, viéndose elevada por una concatenación de éxtasis, pareciendo pertenecer más al cielo que a la tierra. En ese estado oía el concierto de los ángeles, veía al Niño Jesús en el pesebre de Belén y a los Magos arrodillados adorando al Divino Niño.

Cierta vez oyó estas palabras de labios de Nuestro Señor:

— ¡Ven Clara, ven! Tu venida me será agradable.

— Señor, respondió ella, yo desearía disolverme para unirme a Vos.

— Es necesario esperar un poco más hija mía. Tu día no llegó, respondió el Señor.

Otra vez, el Señor se le apareció en la figura de un peregrino, cargando una cruz sobre los hombros, y le dijo:

— Hija mía, buscando qué poder ofrecer de más agradable a tu corazón, me pareció que mi Cruz sería la cosa que más te convendría. Recíbela, bé-sala y dame tu corazón, a fin de que puedas morir sobre la Cruz.

Ella murió en el año del Señor de 1308, al día siguiente de la Asunción y a la edad de cuarenta años. El cuerpo fue

enterrado en su monasterio, donde hasta hoy reposa. Conservado entero y con su carne flexible como si acabase de ser sepultado ayer; su cuerpo es blanco como el alabastro. Su completa conservación fue constatada de nuevo bajo el Pontificado de Pío IX, de feliz memoria.

En su corazón, los instrumentos de la Pasión

El alma santa de Clara, al dejar su cuerpo, fijó en él las señales evidentes de su gloria. Y como las hermanas supiesen su tierna devoción hacia la Pasión, y le habían oído decir varias veces a Clara antes de su muerte, que cargaba a Jesucristo crucificado en su corazón, se tomaron del deseo de enterarse exactamente de ese hecho, antes de confiar su cuerpo a la tierra. Decidieron por lo tanto hacer la autopsia y examinar el misterio de su cuerpo; constataron antes que nada que su corazón estaba muy hinchado y tenía el tamaño de la cabeza de un niño pequeño. Por otro lado, una región estaba completamente dura.

Según los médicos, es imposible a una criatura humana vivir en ese estado. Abrieron su corazón y allí encontraron, naturalmente en peque-



ña escala, los instrumentos de la Pasión. Una hermana dividió el corazón en dos partes y su mano fue tan bien sucedida que ninguno de los instrumentos de la Pasión que allí estaban fue alcanzado. Las hermanas profundamente sorprendidas y felices dieron gracias a Dios por el hecho.

En la parte derecha apareció marcada la imagen de Nuestro Señor Jesucristo preso en la Cruz, más o menos del grosor de un pulgar. Nuestro Señor tenía los brazos extendidos, la cabeza inclinada a la derecha, avanzando un poco sobre los hombros. El flanco derecho era lívido con la llaga abierta y sangrando. Alrededor de los riñones había un tejido manchado de sangre. En esa parte del corazón habían también tres nervios, a los cuales estaban presos tres clavos duros y puntudos, uno de ellos notablemente mayor

que los otros. Por encima de los clavos, un nervio color de hierro, terminado en punta dura. Esa punta era aguda, penetraba como hierro y, representaba la lanza con la cual Longino había traspasado el flanco del Salvador.

Finalmente, en la misma parte del corazón había una bola de nervios menores que representan la esponja con la cual la hiel y el vinagre se presentaron a los labios del Señor. En la parte izquierda se encontraban los azotes: eran cinco nervios entrelazados con muchos nudos y reunidos en un cabo o extremidad común. Después del azote se encontraba un nervio mayor que representaba la columna de la flagelación, cercada por nervios sangrando, que figuran las cuerdas con las cuales el Señor fue atado. Por encima de la columna la corona de espinas, formada por nervios entrelazados como espinas du-

ras y puntudas. Todas esas insignias, aunque formadas de carne, eran duras como los instrumentos reales de la Pasión de Nuestro Señor.

Cuando las religiosas vieron todas esas maravillas y consideraron una a una con respeto y admiración, informaron –en la ausencia del obispo de Spoleto– a su Vicario, Béranger, quien hizo un examen minucioso y pudo enterarse de la realidad de lo que acababa de ser dicho. Se sorprendió sobre todo con el hecho de que esos instrumentos separados del corazón, habían tomado consistencia y dureza como de madera y de piedra. Varias de esas insignias fueron puestas en las manos del Papa Juan XXII, cuando hizo el examen de la vida de Clara, para su beatificación.

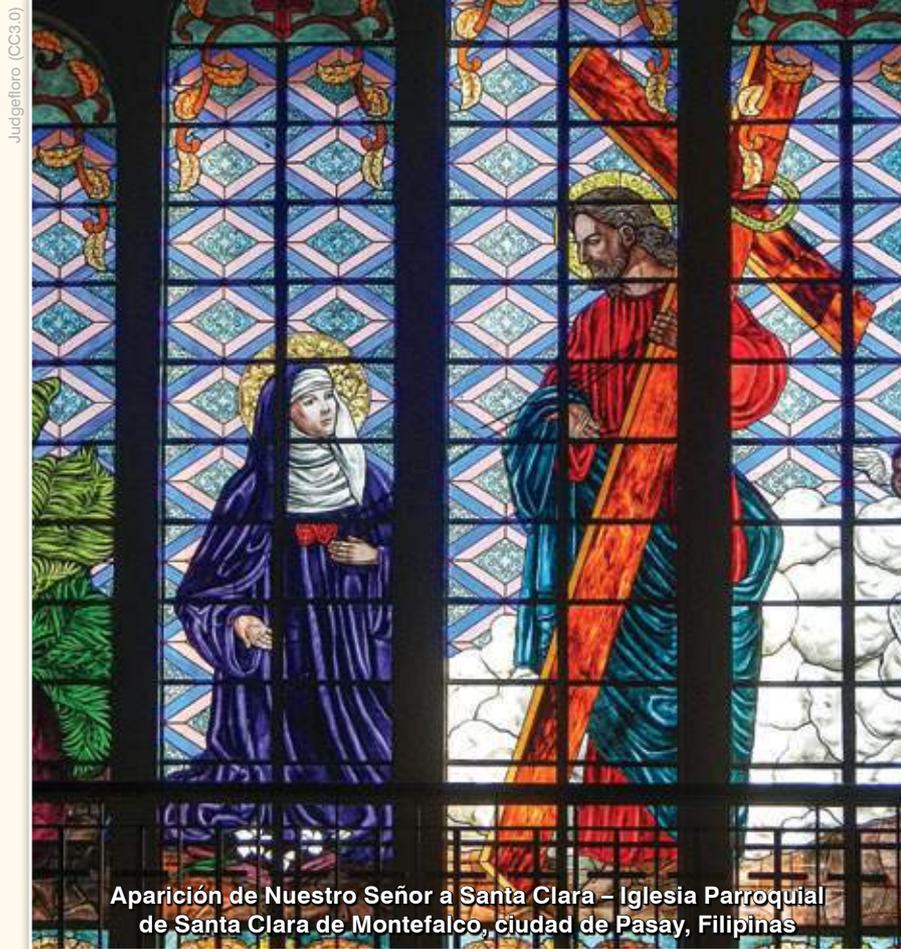
Símbolo de la Santísima Trinidad

Las hermanas recogieron la sangre que corría del corazón cuando éste fue abierto, y la pusieron en una ampolla de vidrio.

La sangre difundió en ese momento un olor suave, permaneciendo coagulada hasta hoy, y cuando una tempestad grave amenaza a la Iglesia, se percibe que la sangre se agita y se pone en ebullición, lo que significa la cólera de Dios.

La región endurecida fue igualmente abierta y examinada por los médicos. Allí encontraron tres pequeñas esferas color ceniza y manchadas de rojo; las tres eran del mismo grosor y peso, duras como el sílex y colocadas en forma de triángulo. Ellas representaban manifiestamente el Misterio de la Santísima Trinidad; eran absolutamente iguales las unas de las otras, en todo. Lo que causa mayor admiración es que cada una de esas bolas era exactamente del mismo peso que las otras dos.

Esto es más notable, porque parece una contradicción: poniendo en una balanza de dos platos las tres bolas, cada vez que se ponía una bola separada, ella pesaba tanto cuanto las otras dos. Esto es altamente teológico, pues



Aparición de Nuestro Señor a Santa Clara – Iglesia Parroquial de Santa Clara de Montefalco, ciudad de Pasay, Filipinas

es otro modo de expresar que las tres Personas de la Santísima Trinidad son tan iguales entre sí, que no se puede decir que dos valgan más que una. Lo que constituye el auge, el *supra-summum*, lo máximo de la igualdad.

Y al ser colocada en uno de los platos de la balanza una de las bolas, y en la otra una piedra o cualquier objeto de peso igual, y que se agregasen las otras dos esferas en el plato donde ya había una, la balanza permanecía inmóvil como en la primera operación.

Sin lugar a dudas, un verdadero milagro.

Ea una señal manifiesta de la Santísima Trinidad; una en cuanto a la esencia, diferente en cuanto a las Personas. Una de las tres bolas se partió por sí misma, en el momento en que Francia, mancillada por la herejía de Calvino, causó tantos males a la Iglesia.

Santa Clara de Montefalco fue canonizada por León XIII, el día 8 de diciembre de 1881.

El universo está repleto de maravillas

Se trata de una vida toda hecha para causar cierto estremecimiento en el hombre contemporáneo. Mientras estaba leyendo miré a mis oyentes con los ojos del espíritu, o sea, con el conocimiento que tengo del hombre de nuestros días, y me pareció que, para más allá de la ficha que yo leía, sentía en el aire algunas voces erguirse dentro de algunos —que quiero imaginar no hayan dado consentimiento a ellas— diciendo interiormente lo siguiente:

“Pero ¿cómo puede ser una cosa de esas? ¿Cómo puede ser posible tanta maravilla una detrás de la otra? Eso debe ser inventado, porque una maravilla, entiéndase... Dos maravillas, digamos... ¡Pero cincuenta maravillas acumulándose la una detrás de la otra sobre esa hermana! Manifiestamente, tantas maravillas juntas no puede ser verdad...”



Reliquias de Santa Clara, Monasterio de Santa Cruz, Montefalco, Italia



He ahí la cortedad de miras a las cuales lleva el positivismo al hombre contemporáneo. La manía de sólo tomar en consideración la realidad concreta, y la idea de que la maravilla es algo excepcional; que lo normal en las cosas es que ellas no sean maravillosas y que ya es exorbitante aceptar una maravilla; es demasiado duro aceptar dos, o tres o cinco...

Necesitamos comprender hasta qué punto esa idea es absurda.

El universo que nos cerca está lleno de maravillas. Cada estrella es una maravilla. Miremos el cielo: ¿cuántas estrellas percibimos? Dios que hizo tantas maravillas, realizó aún maravillas mayores para ilustrar el alma de algunos santos. Todo cuanto existe fue creado para la santificación del hombre.

Ahora bien, para santificar a los hombres, ¿habrá hecho Dios maravillas mayores que los santos que eran el objeto de esas maravillas? O sea, ¿el medio fue mayor que el fin? ¿El poder, la sabiduría y la bondad de Dios fueron más extraordinarios en los instrumentos que en la realización de la meta de ellos?

En un mundo opaco, horrendo, trágico, mancillado y abandonado

Argumentando con más claridad:

Todo cuanto existe en el universo visible fue creado para la santificación del hombre. No hay otra razón

de ser. Por lo tanto, las estrellas y todas las otras maravillas son bellas, a fin de que el hombre tenga una idea de la perfección y de la belleza que hay en Dios, para que así los hombres sean santificados. O sea, todo esto no es sino un medio para la santificación. Habiendo sido tan maravilloso el medio, el fin necesita ser mucho más maravilloso; pues sería un absurdo que Dios hiciera el medio más bello que el fin. El medio es siempre inferior al fin.

Si es así, puso en el alma de los santos maravillas incomparablemente mayores y más numerosas que las que vemos a nuestro alrededor. Por lo tanto, es mucha mezquindad de espíritu decir —al leer la vida de un santo— que “Dios no ha de haber hecho tanta maravilla para una sola persona”.

Pues, si hizo tantas maravillas para que alguien fuese movido a la santidad, ¿no haría mayores aún al realizar efectivamente la santificación de esa persona, que es el punto final de esa operación suya? ¿Quién puede poner esto en duda? Que un ateo dude, se comprende. Pero que un católico ponga eso en duda es el auge de la irracionalidad.

Esto nos lleva a otra consideración a mi ver muy importante. Yo la formulo de la siguiente manera:



Debemos comprender que es por causa de este mundo revolucionario, de los pecados que hemos cometido, del castigo divino con relación a este mundo, que Dios se ausenta dejándolo como está: opaco, horrendo, trágico, mancillado y abandonado. ¡Ése es el mundo del cual se retiró el amor de Dios y que está entregado a su cólera!

Entonces... no se notan hoy las maravillas de otrora. Pero antiguamente, cuando las maravillas de Dios aparecían y se mostraban en un mundo a quien Él amaba y que amaba a Dios, todo eso tenía cualquier cosa de paradisiaco, y la Providencia era mucho más amplia en su generosidad, con su bondad, que en los días de hoy en relación a los hijos de la Revolución.

De manera que debemos tener listo el espíritu para la siguiente idea: es verdad que en el actual orden de la Providencia, la maravilla y el milagro son una excepción. Pero no es algo tan raro cuanto se piensa.

Además, cosas maravillosas no claramente milagrosas, son mucho más frecuentes de lo que se piensa. Es sólo cuestión de tener un alma sedienta de maravillas, creyendo que pueden ser numerosas y que Dios las multiplica a lo largo de nuestros pasos. Pidiéndolas y deseándolas mucho, el Altísimo realizará también en nosotros sus maravillas. Ser sedientos de maravillas, dejándonos imbuir de lo maravilloso, hará que nuestras almas se vuelvan maravillosas. Y Dios podrá hacer por nosotros también las cosas que realizó por Santa Clara de Montefalco.

Nuestra Señora hará maravillas aún mayores

Así debemos abrir enormemente los horizontes de nuestras almas; y tomar otra envergadura; tener el espíritu completamente vuelto hacia otra dimensión, otro sistema de medir las cosas. Y comprender que rezando, pidiendo, esperando, deseando, podremos recibir incomparable-

mente más que aquello que conseguiríamos imaginar.

De algún modo nosotros somos eso. Yo les estoy narrando en las reuniones de los sábados nuestra historia. Y verificamos que ocurrieron cosas que en el comienzo de nuestros esfuerzos apostólicos hubiesen sido reputadas como imposibles. Están hechas. Si lo imposible está realizado, no hay límites para lo imposible. A partir del momento en que esta campanilla que está colocada sobre mi mesa se suspenda por sí sola en el aire cinco centímetros, es igualmente fácil que ella llegue hasta la luna. El primer paso es que ella se levante los cinco centímetros. Pero si hay un poder sobrenatural que la yerga cinco centímetros, para ese poder no hay dificultad ninguna que le permita levantarla por encima de todas las cosas de la tierra y llevarla hasta la luna o cualquier otro astro. La cuestión es levantar los cinco primeros centímetros.

Nuestra Señora levantó los “cinco primeros centímetros” en la historia de nuestra Obra. Y es necesario reconocer que nosotros hicimos fuerza en sentido contrario...

Ésa es tal vez la mayor de las maravillas: la aeronave subió con mucha gente que adentro lloraba por las nostalgias de la tierra, y mirando por la ventanilla diciendo adiós para los círculos mundanos, dando saltos para ver si la nave no subía. La aeronave subió cinco centímetros. Si nosotros aprovechamos bien lecciones como éstas, lo que hay de maravilloso en la vida de Santa Clara de Montefalco, comprenderemos bien entonces cuánto es de esperar que María Santísima haga maravillas mucho mayores aún. Ésa es la lección que la vida de Santa Clara de Montefalco nos trae. ❖

(Extraído de conferencia de 7/12/1973)



Dr. Plinio durante una conferencia en los años 90



Florenxia y la perfección de las formas - II

Ciudad con edificios de proporciones perfectas, Florencia, como todas las antiguas urbes, vio cómo se transformaban en museos sus palacios y otras bonitas residencias. Esto se debe al hecho de que sus habitantes, en determinado momento, quisieron romper con Aquel que dijo de sí mismo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jo 14, 6)

Por cierto, en ese caserío hay residencias donde las escaleras deben tener algunos escalones podridos, las dueñas de casa pelean unas con las otras, de un piso a otro, amenazándose con el palo con el que hacen macarrón, y se ve a un viejo subir hasta el cuarto piso, en el cual él debe vivir por ser más barato, pero tiene miedo por causa del corazón... En la noche sintió unos dolores de pecho y no sabe si es bronquitis, o el comienzo de un infarto; entonces salió muy preocupado y ahora sube despacito, llevando su bastoncito y el

diario del día bajo el brazo, y fumando el último cigarrillo que aspira hasta el fin, porque no puede comprar muchos; y va a soportar su pobreza y su aislamiento junto a un gato en el cuarto que ocupa.

El pueblo sencillo que la revolución masacró

Se entrevisté un hormigueo de gente en ese caserío. De gente vivaz, que habla, comenta, canta, trabaja, que cuando duerme ronca; en fin, gente rebosante de vida y,



con excepción de mi viejo del gato, todo el resto con buena salud. Y ese viejo, su enfermedad debe ser solamente vejez. Pero esa es inevitable...

Ese hormigueo de vida no existe en un rascacielos moderno, ni en las pobres barriadas de las periferias de ciertas ciudades. Ahora, este es el pueblo simple que la revolución masacró, proclamando la soberanía popular. En Florencia, y en otros lugares, algo de eso todavía vive.

Noten, ahora, aquel otro puente que no tiene construcciones colaterales, y cuyo trazado se puede apreciar mejor. Vean la belleza del puente y también de la iluminación pública. ¡Qué lampadarios bonitos, delicados! Compáren con la iluminación que encontramos, por ejemplo, en determinadas avenidas de la ciudad de San Pablo: las luminarias parecen esqueletos de no sé qué animal antediluviano, que tenía un pescuezo larguísimo encimado por una cabecita inútil. En este puente, al contrario, todo es proporcionado.

A propósito de la arquitectura de ese puente, me viene a la memoria la siguiente comparación. El Puente Alejandro III, de París, es muy bonito, construido en el siglo XIX; sin embargo, ultra adornado.

Este aquí no tiene un adorno. La belleza está en la línea de los arcos, nada más. Es lo que se llamaría en el lenguaje de hoy, un estilo sobrio. Esto hace recordar, en relación a los adornos, un caso que se contaba en Grecia.

Se realizó un concurso de arte – creo que de pintura, no me acuerdo bien-, en el cual concurrían artistas de varios lugares. Uno de ellos, persa, representó una mujer con un traje riquísimo que tenía en vista realzar la belleza de su obra. Otro pintor, un griego, hizo la figura de una mujer con una simple túnica blanca.

El jurado premió la pintura griega.

El persa protestó, argumentando que la suya estaba mucho mejor vestida. Los griegos respondieron: “Tú la hiciste rica porque no supiste hacerla bella.”

Una construcción estética reputada perfecta

Vemos en otra fotografía la Catedral de Florencia, toda hecha de mármol blanco y negro. La misma cosa que encontramos en las fachadas laterales de la Catedral de Orvieto, donde hay más mosaicos. Noten el choque: Florencia, mucho más importante y más rica que Orvieto, ni se puede comparar, se atreve hacer una catedral que no tiene un mosaico en la fachada. Pero la superioridad de Florencia, según mi modo de entender, está exactamente en que colores bonitos, mosaicos, etc., son adornos fáciles para imaginaciones débiles. En la Catedral de Florencia existe una proporción perfecta entre la torre, el cuerpo de la iglesia y la bóveda con aquella torrecita encima. Y después el tamaño de las naves laterales.





Miguel Hermoso Cuesta (CC3.0)

Y eso está tan bien calculado, como los rosetones en las puertas, las columnatas, el rosetón grande, que es una construcción estética reputada perfecta. Entonces, la reflexión, el equilibrio, la profundidad, se burlan del ornato, de la atracción, de la gracia, y Florencia tiene una belleza auténtica la cual resiste la metralla de las miradas analíticas que quieren encontrar un defecto.

La Catedral parece decir: “Heme aquí, sobria y sin maquillaje; yo soy yo, ivera como soy linda!”

No soy un especialista en materia de arte. No afirmo, por lo tanto, como quién se considera entendido. Incluso porque el valor del argumento de autoridad de incontables críticos, que han estimado esto perfecto, pesa más que el mío. Pero, en mi opinión, esa cúpula se cierra muy bellamente encima, tiene una proporción bonita con la barra blanca sobre la cual se posa, sin embargo, carece de una nota de levedad en relación al conjunto del edificio. Al menos yo lo siento así.

Vemos en la torre de la Catedral, por ejemplo, algunos vestigios del gótico en los varios pisos, pero muy pocos. Es muy bonito como los pisos se van afinando discretamente para arriba. El blanco está utilizado aquí magníficamente. Los varios espacios y dimensiones, los ornatos de los diversos elementos, todo está perfectamente bien puesto, y es muy bonito, sin ninguna duda.

Manía de lo sobrio

En el interior de la Catedral la sobriedad va mucho más lejos. No se puede negar que las dimensiones, la altura de las columnas, son muy bonitas, que los arcos están muy bien colocados, y que todo cuanto la Catedral presenta es muy bello. Mas si tomamos, por ejemplo, el altar del fondo, vemos como es pequeño en comparación con el tamaño de la iglesia, y como queda un espacio encima, probablemente destinado a la aireación y a la entrada de luz, pero que no tiene ninguna idea piadosa. Son meras ventanas.

Si fuese una arquitectura elaborada según otra escuela artística, esas columnas tendrían, en cada ángulo, un nicho con la imagen de un santo portando su instrumento de martirio. Allí no: se tiene la impresión de que una banda de ladrones entró y se robó los ornatos de la iglesia.

Mi posición personal delante del monumento: respeto, admiración, veo innegablemente grandes valores artísticos, mas mi afinidad no va hacia eso. La manía de lo sobrio me parece que contiene una censura a Dios que no hizo un universo sobrio. Es bonito que aparezca, de vez en cuando, alguna cosa sobria. Con eso estoy de acuerdo. Pero que exista la manía de lo sobrio, con eso no puedo concordar. Y es como se presenta el arte florentino.

Fachada de la Catedral
de Florencia, Italia



Jorge Royan (CC3.0)

En esta página aspectos del interior de la Catedral de Florencia, Italia



Fczarnowski (CC3.0)

Residencia de una antigua familia transformada en hotel

Aún en Florencia, pero en los arrabales de la ciudad, hay un hotel excelente. Todo indica que se trata de la residencia de una antigua familia de banqueros – Florencia fue un centro bancario muy grande – o de nobles que vivían fuera de la ciudad en la opulencia, y cuya propiedad fue transformada en hotel.

¿A mí qué impresión me da? Como se trata de una casa de familia – sea de nobles o de banqueros - portadora de cierta tradición, esta eleva y dignifica la vida de familia, porque le da una nota de eternidad. La familia percibe mejor las obligaciones que le impone un gran pasado al cual se siente ligada. Los muertos parecen ornatos de los vivos. Y, por otro lado, los que están por nacer parecen la luz que entra para la familia, la cual vive hace siglos y pretende vivir siglos aún, en la belleza de una gran continuidad familiar.

Vemos allí una casa grande construida para que se lleve una vida de familia, no como se entiende hoy, dentro de un departamento, pero con cuartos de dormir grandes, salones espaciosos; una residencia hecha para que se pase mucho tiempo en ella, con bienestar, tiempo para pensar, leer, conversar unos con los otros, para que se formen grupos de dos o tres y vayan a pasear por el jardín que, por otro lado, es magnífico.

Podemos imaginar la magnificencia de una recepción dada en una propiedad como esa, a la noche, con orquesta tocando, señoras y señores con trajes de gala, condecoraciones, de ese tipo de recepciones con tal categoría que hasta los prelados del lugar aparecían. Entonces la hora de llegada del gran-duque, del cardenal-arzobispo, de tal autoridad militar, de tal gran artista que va a cantar, otro que va a acompañar el piano... Todo eso en medio de la conversación que rumorea, mientras circulan grandes platos con pequeñas delicias, bandejas repletas con copas y botellas con bebidas. Si la noche está caliente, parte de los invitados sale y conversa también afuera.



Joulan (CC3.0)

Los entusiastas de la sobriedad dirán: “Mas Dr. Plinio, así aparece mejor la línea lógica.” Yo respondo: “Está bien, pero no todo lo que aparece mejor está bien hecho.” Eso es para personas incapaces de percibir la línea dentro de la pluralidad de los ornatos. No creo que yo esté afectado por ese mal. En una obra de arte con una muy bella línea y lindos ornatos, estos no arruinan la línea.



Todo eso fue transformado en un hotel muy bien amueblado, donde se paga para estar, y en el cual un turista anónimo entra, se mete en las frazadas durante la noche y al día siguiente sale.

Noten el confort, la estabilidad, la dignidad. ¿No es verdad que una familia como esa parecería estar destinada a durar siglos? Sin embargo, está muerta, como una concha que se encuentra en la playa, en la cual el respectivo caramujo murió. ¿Por qué murió? Porque toda esa gente fue rompiendo con Aquel que dijo de sí mismo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Job 14, 6).

Se paganizó, o sea, se estancó. ❖

(Extraído de conferencia de 23/11/1988)



En esta página aspectos de la Villa Cora, comentado por el Dr. Plinio. Florencia, Italia





Virgen de las Nieves, Parroquia de la Candelaria, Sevilla, España

Nuestra Señora de las Nieves

Es propio de María Santísima quebrantar todas las reglas de la distancia que hay entre el Cielo y la Tierra y aparecérselo a un Papa. Como también es propio a Ella indicar el lugar para algo maravilloso, escogiendo para esto la nieve, que representa el frescos en medio del calor.

En el verano agobiante de Roma, aparece un lugar cubierto de nieve. Allí, Nuestra Señora quiere que se construya una iglesia en honra suya.

Este es el papel de Nuestra Señora en nuestra vida: la nieve en medio del calor de nuestras batallas, pruebas y sufrimientos.

En medio de la polvareda de esta vida, la Santísima Virgen es la nieve blanquísima, inmaculada, que refresca y nos concede gozar anticipadamente del Cielo.

(Extraído de conferencia de 5/8/1965)